

The Evolution of the International Economic Order
W. Arthur Lewis. (Princeton, Princeton University Press, 1978)

Este pequeño libro de 77 páginas, muy bien escrito, intenta explicar las causas de la pobreza de las naciones del Tercer Mundo. Utilizando su muy completo conocimiento de la historia económica mundial de los tres últimos siglos, Arthur Lewis analiza la diferencia en ingresos entre países tropicales y los países industrializados en términos de la productividad de la mano de obra en la agricultura.

En Europa una revolución agrícola precedió la revolución industrial. En el Siglo XVIII la productividad en la producción de granos y comida era alta, y dicha producción sólo podía expandirse en Norteamérica, Australia y Europa si en esas nuevas áreas se podía atraer mano de obra con las productividades típicas de la producción de esos alimentos en el viejo continente. Ese fue el origen de las grandes migraciones europeas. Los productos tropicales, al contrario, tenían precios determinados por los bajos salarios y bajas productividades de la mano de obra asiática. Este fue el comienzo de la división del mundo entre un Norte rico y un Sur pobre. Hoy en día todavía subsiste la diferencia en productividad agrícola entre países que exportan bienes agrícolas de zona templada y productos de zonas tropicales. Más grave aún, muchos países en desarrollo están importando comida procedente de las zonas templadas. Sólo aumentando la productividad y los salarios de sus agricultores dedicados a la producción de comida producida domésticamente podrán los países del sur cerrar la brecha económica internacional. Los precios de los bienes tropicales se mantendrán bajos mientras los productores de éstos tengan familiares que producen muy poca comida (e ingresos) en la agricultura tradicional. La productividad agrícola en comida determina los salarios de quienes cosechan café, té o caucho, y el bajo precio de estos bienes.

Arthur Lewis también discute los limitantes a la estrategia de industrialización en base a las exportaciones. Sostiene que sólo mejorando la productividad agrícola, y creándose así un superávit en el campo que sostenga la producción industrial para el mercado doméstico será posible disminuir la dependencia de los países del Tercer Mundo del mundo industrializado. Sin saberlo, tal vez Colombia, con una política menos discriminatoria contra la agricultura que otros países de América Latina, está siguiendo el modelo Lewis de desarrollo.

Respecto al crédito externo, este libro tiene una tesis original. Sostiene que no son los países ricos los que ahorran y prestan a los pobres, los cuales tienen dificultades en ahorrar. En el Siglo XIX, al contrario, el ingreso per cápita era mayor en los Estados Unidos, Australia y Argentina, países que se endeudaban, que en el Reino Unido, Francia o Alemania, países que prestaban. Por otra parte, estos prestamistas tenían niveles de ingresos similares a los que hoy tienen países que se endeudan como Brasil o Ceylán. El determinante de los flujos de capital es la tasa de urbanización. Como el proceso de urbanización es costoso en términos de infraestructura, los países con altas tasas de urbanización se endeudan, mientras que los ya urbanizados pueden prestar.

También en materia de niveles de endeudamiento Sir Arthur nos sorprende. Da estadísticas de deuda externa con relación a exportaciones en 1913 y 1972. Mientras que los países en desarrollo tenían en 1972 una relación de 1.8, nivel que se consideraba peligroso, en 1913 Japón, India y China tenían relaciones de 2.25, Australia de 4.8, América Latina de 5.2, y Canadá de 8.6 y en esa época el problema de la deuda externa se consideraba manejable. La diferencia era que en 1913 la proporción de deuda de corto plazo era muy inferior, y esto hacía mucho más manejable la situación. Esta experiencia sugiere que tal vez la solución al endeudamiento externo de los países en desarrollo sea la creación de mecanismos internacionales para prestar a más largo plazo.

En resumen, este libro muestra una vez más cómo, en manos de un investigador como Arthur Lewis, la economía histórica puede contribuir a aclarar la actual coyuntura económica y cómo el pasado puede sugerir soluciones para la presente problemática económica.

Miguel Urrutia Montoya